

Al Basilica Teresia
na: revista mensual



Sumario

- I.—*La Universidad de Salamanca declara a Santa Teresa Doctora «honoris causa» de su Claustro.*
- II.—*Un prólogo y un epílogo, Tomás Redondo.*
- III.—*Santa Teresa cantada por los grandes poetas españoles, Miguel Artigas.*
- IV.—*Epigrama salmantina, P. César Morán.*
- V.—*Notas bibliográficas, A. G. B.*
- VI.—*Crónica.*

GRABADOS

Vista general de Avila.



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 93

Salamanca, Marzo de 1922

Año IX



LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

DECLARA A SANTA TERESA DOCTORA «HONORIS CAUSA» DE SU CLAUSTRO

Los deseos de nuestro Prelado han sido coronados por el éxito más rotundo. Por aclamación el Claustro pleno en la memorable sesión del día 4 de Marzo, declaró Doctora *honoris causa* de la Universidad de Salamanca a Santa Teresa.

He aquí la petición del Prelado:

LA PETICIÓN DEL PRELADO A LA UNIVERSIDAD

Ilmo. Señor: Los fieles del orbe católico, y de una manera especial los españoles, se proponen celebrar en este año, con toda solemnidad y pompa, las fiestas centenarias de la Canonización de Sta. Teresa de Jesús. El alto relieve que ha adquirido, con justa razón, en todo el mundo civilizado, la figura de esta mujer extraordinaria merced a su talento nada común, a su carácter enérgico y emprendedor, a los escritos plenos de ciencia y de bellezas de forma que cinceló su pluma y a sus virtudes heroicas, que hacen de ella algo así como un símbolo o expresión ideal del carácter y virtudes de nuestra raza, nos obliga a todos a rendirle en

este año el homenaje de nuestra admiración, procurando que resalte más y más su relieve como afirmación de nuestro resurgimiento y vigorización de las energías nacionales.

La Diócesis de Salamanca, que a los Títulos expresados añade el de ser depositaria de los venerandos restos de la Santa Castellana, se apresura a solemnizar debidamente la fecha memorable de este tercer centenario, y desea que sus fiestas sobrepujen en esplendor y en significación a cuantas se celebren con este motivo en España. Y como Salamanca es su Universidad, y sabe que en el preciado historial de ésta se encuentran precedentes muy significativos de su compenetración con Sta. Teresa—doctores de esta Universidad contribuyeron a la formación de aquel espíritu extraordinario y la Universidad pidió con insistencia y solemnizó su beatificación y canonización—, desea que la Universidad y sus doctores sean quienes pongan el sello de su cultura, de su distinción y de su ciencia en estas solemnidades y que la Universidad en pleno, con sus doctores togados, proclame solemnemente que Sta. Teresa de Jesús, por las bellezas literarias de sus escritos, por la profundidad y sublimidad de sus conocimientos teológicos y por las virtudes heroicas que esmaltan su espíritu, es acreedora a nuestra admiración y a ostentar en su imagen los emblemas doctorales.

Por las razones apuntadas, la Junta constituida para organizar las fiestas del centenario y que tengo el honor de presidir, ha acordado por unanimidad que sea este acto universitario el característico de Salamanca, siempre que ese Ilmo. Claustro de doctores tenga a bien prestar al acuerdo su beneplácito y aprobación.

En nombre, pues, de la expresada Junta tengo el honor de transmitir el acuerdo a V. I. rogándole se sirva aceptarlo y hacerlo suyo, tratando de conseguir en la forma que juzgue más oportuna, su completa realización.

Dios guarde a V. I. muchos años.—Salamanca 10 de Enero de 1922.—**El Obispo de Salamanca.**—Rubricado.—Ilmo. Sr. Rector y Claustro de doctores de la Universidad Literaria de esta ciudad.

Leída esta súplica en Claustro, éste designó a los que firman el siguiente dictamen, suscrito por un claustral de cada Facultad y que fué aprobado con visibles muestras de aplauso.

DICTAMEN DE LA COMISIÓN DE CLAUSTRALES

SEÑORES CLAUSTRALES:

ENCARGADOS de informar acerca de una comunicación enviada por nuestro Excmo. y Rvdmo. Prelado, en la que invita a esta Universidad, para que se adhiera a las fiestas centenarias de Santa Teresa de Jesús, esta Comisión tiene el honor de exponer a sus dignos compañeros de Claustro lo siguiente:

Trata, señores, de celebrar el orbe católico con gran magnificencia, la fecha del tercer Centenario de la canonización de aquella mujer singular, nacida en Avila en Marzo de 1515 y fallecida en Alba de Tormes, antes de cumplir sesenta y ocho años de edad, o sea en Octubre de 1582; la que se firmó siempre Teresa de Ahumada, hasta que a los 40 años ella misma trocó su nombre por el de Teresa de Jesús.

No es de oportunidad en estos momentos reseñar las heroicas virtudes de esta magnánima mujer. Baste decir, que desde los 19 años en que profesó en el Convento de la Encarnación, de Avila, hasta que cayó mortal en Alba, como un titán rendido, su vida fué una cadena de todo linaje de sacrificios en gloria de Dios y amor a sus semejantes.

Además de los consejos de sus sabios directores, encontró fortaleza indecible leyendo y meditando "Las confesiones de San Agustín", aquel gran genio africano, el mayor tal vez de cuantos han esmaltado la historia de la humanidad.

No es de extrañar que los Pontífices Clemente XIV, Urbano VIII y Sixto V le hayan tributado los más grandes elogios, hasta ser canonizada por Gregorio XV en 1622.

Es desde luego Teresa de Jesús un ornamento preciado de la Iglesia Romana. Pero hay en su vida una faceta muy brillante para nosotros, y es que representa a lo vivo el carácter de la raza española.

Varonil, sin dejar de poseer todas las gracias y delicadezas de su sexo; corazón apasionado; imaginación vehemente; agudísimo ingenio; sencillez encantadora; donaire franco; pasión

siempre viva y ardiente, fueron las dotes de la Virgen del Carmelo. Y así, intrépida y segura, se lanza como una flecha a la reforma de la Orden Carmelitana.

¡Qué aspero calvario le esperaba!; pero con su firmeza allanó todas las dificultades. De nada sirvió que el Nuncio D. Felipe Lega la persiguiese y alejase de sí con el epíteto despectivo de *femina inquieta y andariega*; que él mismo pretendiese destruirle la obra de la reforma, por cuyo motivo tuvo la Santa necesidad de retirarse a un convento de Toledo, elegido por ella misma, ante la advertencia grave de la nunciatura. A nada condujo que su mismo director, el P. Salazar, le prohibiera que continuara sus fundaciones y que se entregase por más tiempo a sus arrobamientos místicos; y aún más, que los mismos Carmelitas Calzados levantaran la protesta que la redujo al silencio durante cuatro años. Ella consigue al final de su vida serenar los espíritus y dejar cimentadas todas sus fundaciones, repartidas por las principales poblaciones de España, recorriéndola durante 20 años, muchas veces gravemente enferma y siempre entre dificultades y congojas.

Esa lucha varonil, esa intrepidez que vence los más graves obstáculos, opuestos a la realización de un fin; esa sublime tenacidad, son las notas distintivas de nuestros héroes y de nuestros Santos. Es en una palabra, la mujer que simboliza el alma española; pues, como dice uno de sus biógrafos, hasta en sus imperfecciones hay un hispanismo peculiar y hermosísimo.

Pero estos títulos, con ser tan elevados, no bastarían a mover la atención de un Claustro de Doctores. Ostenta otro Teresa de Ahumada, que debemos considerar; a saber, el de su talento prodigioso y su ciencia consumada.

En sus primeros años ya revolvía la biblioteca de su opulento padre en busca de los Romanceros que atesoraba, y de los libros de caballerías, que fueron entonces su lectura favorita, aún con riesgo de que le trastornasen el sexo como al hidalgo manchego...; y hasta su muerte no cesó de leer y escribir, aun en medio de una vida llena de inquietudes: su actividad pasmosa no le dejaba descansar.

A los treinta años empezaron a dirigirla espiritualmente los jesuítas, como el P. Baltasar Alvarez, Rector del Colegio del Espíritu Santo y los dominicos más perspicaces: algunos de la última orden, como Fr. Vicente Barrón, Fr. García de Toledo,

Fr. Domingo Báñez y Domingo Soto, que fueron gloria de esta Universidad. Ella recibió aliento y consejo de Santos como Francisco de Borja, Pedro de Alcántara, Luis Beltrán y San Juan de la Cruz.

Entre sus obras culminantes figura la primera "El libro de las Moradas o Castillo interior del alma", escrito en 1577, y con toda la madurez de juicio, como ella misma asegura. En dicha obra se acreditó de maestra en la Teología mística: en las ricas fuentes que ella alumbró, han bebido Bossuet, Fenelón, Alfonso María de Liguorio, Francisco de Sales y otros cien. Y conste que su misticismo nada tiene que ver con el sentimentalismo tan propio de la mujer, siempre vago y estéril; es, al contrario, misticismo profundamente filósofo, porque la Santa procede del conocimiento de la naturaleza humana al de la divina; es el suyo un sentir definido y fecundo en obras prácticas, porque de esas altas contemplaciones sacaba la Virgen castellana la luz y la fuerza para no sucumbir en las luchas cotidianas de su vida laboriosísima.

Aparte de esto, el libro de las Moradas está considerado como un monumento levantado a la Literatura española. Por esta y otras obras dice Fr. Luis de León "que son la misma elegancia y que no hay en nuestra lengua escritora que la iguale". La Academia española la considera como ornato de las letras patrias, contándola entre los primeros hablistas y haciendo figurar su nombre en el catálogo de las autoridades de la lengua.

Si escribió de mística sin haber estudiado Teología, fué en Literatura versadísima sin poseer una carrera literaria. En sus versos, como en su prosa, campea un decir limpio, desafectado, con natural sencillez, amenidad y elegancia: ellos causan la delicia de los que sienten en su alma la espiritualidad de la poesía cristiana.

Omitimos aquí el juicio de sus muchas obras, vertidas a idiomas extranjeros, porque no hace a nuestro fin: "La vida escrita por ella misma", "Camino de perfección", "Constituciones para sus Ordenes", "Modo de visitar los Conventos", "Libro de las Fundaciones", "Conceptos del amor de Dios", y otras varias.

Y de su estilo epistolar ¿qué diremos? Revela en sus cartas tal discreción y flexibilidad de ingenio y una adaptación tan adecuada a lugares y personas, que su colección de *cuatrocientas nueve*, bastaría para acreditar a Teresa de Jesús como mu-

jer excepcional, de entendimiento incomparable. Ella se muestra cortesana cuando escribe a los magnates, doctora si comunica con doctores, religiosa con los Obispos, sencilla con el pueblo, amorosa con sus parientes y siempre sembradora de ideas cristianas en las almas de cuantos caían a su alcance. Iba, en una palabra, por donde quiera que pasaba, conquistando inteligencias y ganando corazones. Con cuánta razón se ha dicho que si Teresa de Jesús no se inclina del lado de la santidad, habría superado a las mujeres más funestas que figuran en la historia.

Esta es, señores, la heroína a quien se trata de honrar. Esta, que se nos presenta como un enigma psicológico, cual un prodigio humano, es Teresa de Jesús; de santidad augusta, de sabiduría profunda y de españolísimo franco.

Y Teresa de Jesús es nuestra por su origen, por su formación y porque nuestra querida tierra guarda sus restos sagrados.

Es universitaria esta mujer excelsa, por su gran saber y por el acatamiento a la gente de letras, el cual fué en ella tan sustancial, que a sus mismas hijas les aconsejó que tuvieran directores letrados, aunque fuesen algo menos piadosos que otros sacerdotes, desprovistos de letras. Si no acudió a estas venerandas aulas, fueron hombres universitarios salmantinos los que aquí la adiestraron en la virtud y en el saber: ¡quién no conoce en el templo de San Esteban, el confesonario del P. Báñez que en dicha iglesia se venera!; aquella fué la verdadera aula de esta gran castellana.

Para ella se nos pide que esta Universidad haga la declaración de que Teresa de Jesús, merece por su cultura un puesto de honor entre los sabios españoles; y que le conceda el uso de los emblemas doctorales, único medio con que la Universidad distinguió en siglos pasados, y señalará en los presentes, a los espíritus doctos que a su sombra se formaron.

La Comisión hace suyo este anhelo general, y cree que nuestra gloriosa Universidad debe empezar el ejercicio de su régimen autonómico, con la concesión del Título de Dr. *Honoris causa* a nuestra gran compatriota.

Así lo exponemos a la consideración de nuestros compañeros con un solo ruego: que esta gloria pretérita no se discuta. Teresa de Jesús está ya juzgada como un rayo de luz que ha

iluminado a los pueblos cultos, donde, si es cierto que en algunos se la combate, en todos se la conoce y en muchos se la admira y venera: a nosotros sólo toca decidir hoy si unimos o no ese rayo esplendoroso a los que, como de foco potente, emite nuestra sabia Universidad. Teresa de Ahumada es una joya de reflejos indiscutibles: decidamos en esta sesión si la engarzamos o no en nuestra corona, para que brille a la par de aquellos maestros insignes que supieron pedir su canonización, precisamente porque conocían más de cerca sus méritos extraordinarios.

En suma, la Comisión pide que este proyecto se apruebe de lleno o se rechace de plano.

Si el Claustro, como esperamos confiadamente, acepta este plan, preparémonos al acto con aquel amor y entusiasmo que los pueblos deben desplegar para conservar vivo y ardiente el recuerdo de sus gloriosas tradiciones.

El programa universitario, que después expondremos, nos lo da la Junta organizadora para nuestra aprobación o nuestra rectificación. Ahora sí; hemos de exigir a nuestro lado, no sólo la representación de las Universidades españolas, sino también todos cuantos elementos tiendan a realizar un acontecimiento que sea grandioso, levantado y digno, cual corresponde a los méritos de la festejada y como cuadra también a la gravedad y seriedad tradicionales en nuestra vieja Escuela.

Antonio Díez González, Emiliano Rodríguez Risueño, Isidro Beato Sala, Antonio García Boiza.

Salamanca 1 de Marzo de 1922.





IMPRESIONES

Un Prólogo y un Epílogo

Avila nos mandaron y a Avila fuimos, en misión que aceptamos como honor y cumplimos con agrado.

Y empapados nuestros ojos en la visión evocadora de la Ciudad de los Santos, nuestro pecho respiró el ambiente en que alienta y palpita, confortante, perfumado y místico el espíritu de la mujer extraordinaria, que allí lo llena todo, y por la cual vive ¡la ciudad muerta!...

Que Avila es eso: es Castilla, la austera, la fuerte, la hidalga, la generosa, hecha carne en la santa más española y más castellana.

Avila es un murado relicario de granito para guardar la cuna de un serafín. Por sus angostas calles misteriosas, en sus templos que son baluartes, en sus puertas almenadas, rozando las ennegrecidas piedras de blasonadas casonas, y a lo largo de la vega bañada por el Adaja que rima una oración al besar la muralla, por doquiera que se fije la mirada absorta del alma, se encuentra de ojos con la sombra *luminosa* y bendita de la mujer extática, cuya imagen se alza triunfadora, amparadora, sugestiva y admirada frente a la soberbia Puerta del Alcázar.

Y porque Avila es la cuna de la hija excelsa de los Cepedas y los Ahumadas, los abulenses han tomado a pechos—¡por algo son Caballeros!—el consagrar las primicias de los honores y de los agasajos y de las loas a la Santa, que es su orgullo y su decoro, en el aniversario tercio secular de la canonización de la Madre Teresa de Jesús.

* * *

Pero no son sus conterráneos los que solamente tienen el de-

recho y el deber de honrar a la *Santa*. ¿Quién no se declara admirador, u ofrenda un latido amoroso, flor espiritual del corazón, a la Reformadora insigne de la orden de la Virgen?

La Iglesia la considera como "hija predilecta," suya. España, como perla de su corona; Castilla, como evocación de su genio y encarnación de su raza... Teresa de Jesús es "patrimonio de la humanidad," (Macaulay).

Por eso, en las fiestas espléndidas con que Avila ha inaugurado el *Año jubilar teresiano*, hemos contemplado lo más alto, lo más respetable, lo más representativo de la humana sociedad.

El Vicario de Jesucristo ha sido el primero en enviar rico mensaje de devoción cálida a la "gran hija de la Iglesia,". Y cuando, aclamado por las muchedumbres, veíamos a su representante, que esbelto, hierático, magnífico iba en pos de la "fémina inquieta y andariega," nos persuadimos, una vez más, de que la "Santa perdonada," (E. Hello) tiene hechas paces perdurables con los señores Nuncios.

Fué también nuestro Rey, denodado y caballeroso, descendiente preclarísimo de aquel prudente, gran Monarca, al cual la Madre Teresa, respetuosa y confiada, acudía "como a padre,"..., fué Alfonso XIII de España quien, representado por un egregio Príncipe de su sangre y de su cristiandad, rindió pleitesía de amorosa realeza a la "Santa agradecida,".

Y fueron los de la provincia eclesiástica, de la que esa Santa es declarada Compatrona, y su Metropolitano a la cabeza, y otros Reverendos Obispos los que ensalzaron a la "hija intrépida del deseo," a la de recia fe e incommovible adhesión a la Iglesia de Jesucristo, a la de los ardientes amores, a la "bella hermana de los Serafines," (Crashaw)... y los que formaron, en la procesión que cerró el triduo de religiosos festejos solemnísimos, corona de honor en torno de la que en vida tan reverente y obsequiosa fué de los *Perlados*.

¿Ni cómo habían de faltar sus hijos, los del Carmelo, los del manto blanco venidos de luengas tierras, Provinciales y Piores y Vicarios, que daban un tono simpático de pulcritud y de albu-
ra, como la de las nevadas cumbres de las vecinas montañas, a aquel cuadro soberbio, que tenía por fondo la Catedral, poema en estrofas de piedra, "Romancero y Eucologio," en frase de una escritora insigne, fortaleza y santuario, por cuya portada sobe-

rana y entre el flamear de banderas y estandartes y el polícromo refulgir de entorchados, de veneras y de púrpuras, salía en triunfo la Santa, la Santa bendita, rediviva en la devotísima figura, que el arte entallara con primores exquisitos, para recibir el beso de cariño de un pueblo henchido de emoción y de entusiasmo?

* * *

El Prólogo de las centenarias fiestas teresianas ha sido digno de la grandeza de la Santa Avilesa.

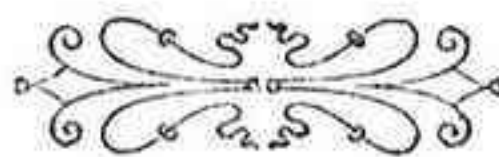
El pueblo en que vino a la luz Teresa de Cepeda ha otorgado a su hija gloriosa homenaje férvido y vibrante. Se destacó en la efusiva ofrenda de los abulenses una nota halagüeña y de esperanzas: nota primaveral de la juventud. Y el arte desplegó sus alas en himno triunfador, cuyos ecos llenaron de armonía las naves catedralicias...

¡Lástima que no gozáramos en Avila de "la claridad de su cielo extremadamente limpio, sesgo y sereno", ponderado por un eximio escritor teresiano, honor de las letras españolas!... ¡Pero también la nieve tiene sus encantos!...

.....
 Ahora toca escribir el Epílogo a la Villa ducal, desde la cual la Santa voló al cielo.

Y yo me atrevo a pedir, a voz en grito, que más que el sepulcro que guarda los virginales despojos del Serafín del Carmelo, lo que quede de su incorrupto cuerpo, *odorato liquore circumfusum*, se abra el sepulcro sellado de su espíritu, vivo y palpitante en los escritos lácteos, jugosos, celestiales, que brotaron de la pluma de ángel y del pecho endiosado de Teresa de Jesús.

T. REDONDO





Santa Teresa cantada por los grandes poetas españoles

Conferencia leída por nuestro colaborador y amigo el Jefe de la Biblioteca "Menéndez Pelayo," D. Miguel Artigas, en el Ateneo de Santander.

SEÑORAS Y SEÑORES:

LA última vez que tuve el honor de ocupar esta tribuna, fué para exponer muy a la ligera, los precedentes literarios de la leyenda de Zorrilla: "A buen juez mejor testigo,". Terminado mi trabajo, D. Enrique Menéndez recitó, como él solo sabía hacerlo, la hermosa composición del autor del "Tenorio," y todos premiamos con sinceros y calurosos aplausos su interpretación. Comprenderéis sin esfuerzo, que al subir yo esta noche a la misma tribuna, sienta más vivamente que de ordinario la falta de aquel excelente amigo, de aquel excelentísimo poeta y que mis primeras palabras sean su recuerdo, una piadosa conmemoración.

¡Qué brillo, cuanto interés hubiera podido prestar su cooperación a los actos que organiza la Sección de Literatura del Ateneo en honor de Santa Teresa!

Quien como él ascendía tan alto por la escala mística, hasta percibir el resplandor de ese mundo maravilloso y puro, que reverberaba ya en sus últimas estrofas, ¡cuántas noticias podría habernos comunicado de las sublimes moradas, como nos podría haber descrito los laberintos misteriosos del castillo interior!

De mí, que tan lejos estoy de ese mundo, no esperéis lo que no puedo daros.

Como el legendario titiritero de la Virgen, probaré a ofrecer lo único que he tratado de aprender a hacer, deleznable castillos de papeletas bibliográficas, una pálida y desdibujada reconstrucción de un momento de la vida literaria: un rebusco por los anchos y abiertos campos de la literatura española en los que he recogido un manojo de flores olvidadas y un poco mustias.

Quisiera daros una idea, siquiera fuere vaga e incompleta, de las principales composiciones poéticas que escribieron en honor de Santa Teresa los grandes poetas del buen tiempo.

* * *

El buen tiempo de nuestra literatura sabeis vosotros como yo, que se llama a los últimos años del siglo XVI y principios del XVII, es decir, a parte del reinado de los tres Felipes. Claro es, que esta denominación genérica es poco exacta y nada científica y que el período del tiempo a que se aplica tampoco presenta una homogeneidad ni unos caracteres que puedan ser encerrados bajo un epígrafe.

La misma vida de la nación ¿qué transformaciones y cambios no experimenta en estos años? Todos los historiadores han echado de ver el diferente, el contradictorio aspecto que presenta la corte española en los días de Felipe II y en los de su hijo. Algunos han querido notar en la gravedad y tristeza de aquellos la proyección del carácter austero y rígido del fundador del Escorial.

Muerto éste, la corte desarruga su forzada mueca de seriedad y se resarce de tanta compostura con un desatentado y continuo divertirse. El mismo rey se entrega en los brazos de sus favoritos y se divierte y triunfa mientras los pueblos se arruinan y se quejan.

Grande, grandísima es la influencia que un rey ejerce sobre sus súbditos y nadie tal vez la ha expresado más gráficamente que aquel protorotario Juan de Lucena en su "carta exhortativa a las buenas letras", refiriéndose a los reinados de Enrique IV y de la reina católica. "Lo que los reyes hacen bueno o malo todos ensayamos. Si es bueno por aplacer a nos mismos y si malo por aplacer a ellos. Jugaba el rey y todos éramos tahures, estudia la reina y todos somos ahora estudiantes".

Sin embargo por grande que sea este poder sugestivo nunca

basta para explicar la transformación de toda una sociedad. Las soluciones más simplistas son siempre las que alcanzan más adeptos; pero la realidad histórica es muy complicada y producto de cien factores diversos y contradictorios nunca suficientemente estudiados.

Dejando a un lado las causas que pudieran determinar este cambio, anotemos que la corte y las clases poderosas de las grandes ciudades—que no eran toda la nación ni su mejor parte—se divertían a más no poder con el plauso y cooperación de los Felipes III y IV. Tiempos dichosos aquellos para los poetas, para los pobres poetas que alegraban aquellas fiestas a cambio de algunas migajas, de pensiones, de promesas, de protección, de beneficios y de gracias que no pocas veces fallaron; pero que como cebo tentador halagaban su existencia estimulando su inspiración. Tiempos dichosos para los poetas que si no bien pagados, eran bien recibidos en los palacios, aplaudidos por los nobles, solicitados por los poderosos y vitoreados por la corte. ¿Qué más premio para un poeta que hartarse de aplausos y aspirar los efluvios de la fama? Por lo demás ya comprendían ellos que no era oro todo lo que relucía y que muchos de aquellos nobles no andaban mejor de ducados que los poetas pobres.

España, cada día más pobre, disimulaba bien su pobreza. Todo era motivo para fiestas: la entrada del monarca en una ciudad, la despedida, una cacería, una embajada, enlaces matrimoniales, cumpleaños... todo había de ser, además, materia poética. La beatificación y canonización de cuatro santos españoles, San Isidro, San Ignacio, San Francisco Xavier y Santa Teresa de Jesús, vino a dar muy propicia ocasión a las plumas y brotaron en todas partes los poetas como por ensalmo.

Difícilmente podrá señalarse en ningún país una generación que tantos poetas haya producido.

Pasad la vista por El canto de Caliepe. El Laur de Apolo, El canto del Turia, El viaje del Parnaso, y os asombrará el número de poetas y al parecer de buenos poetas que en ellos se mencionan. De muchos no ha quedado más que esta mención casi siempre lisonjera. Si a éstos se suman los que aparecen premiados en las innumerables fiestas poéticas que por entonces se celebran y los multiplicamos por tres para calcular los que a veces con injusticia quedaron sin premio y sin nombre, obtendremos un producto de varios miles de poetas.

Estas fiestas poéticas, derivación tal vez de las cortes de amor de la Provenza, eran el fomento y la revelación de muchos, y para tales fiestas poéticas fueron escritas la mayor parte de las poesías que a Santa Teresa se consagraron entonces. Celebráronse en Madrid, en Valladolid, en Zaragoza, en Salamanca, en Córdoba y en otras varias ciudades, monasterios y conventos.

* * *

Han de interesar, seguramente, a cuantos no sepan en qué consistían estas fiestas, algunas noticias siquiera sean incompletas de cómo se celebraban. Podrá servirnos de guía el libro de D. Manuel de los Ríos Hevia Cerón, titulado: Fiestas que hizo la insigne ciudad de Valladolid, con poesías y sermones en la beatificación de la Santa Madre Teresa de Jesús, impreso en Valladolid el año 1615. Es libro muy raro y en sus 500 páginas se describen detalladamente las primeras fiestas poéticas que en honor de Santa Teresa se hicieron en España.

Súpose en Valladolid la noticia de la beatificación, el día 26 de Mayo de 1614 y aquella misma noche desbordó el júbilo de los vallisoletanos en luminarias, fuegos de artificio, volteo de campanas y músicas.

La ciudad determina no hacer más por entonces "previniéndose en aparato excesivo, para adelante hacer fiestas tan grandiosas que no sólo se aventajasen a las otras ciudades en el tiempo, sino también en la grandeza y calidad".

Parece como si Valladolid "ciudad ilustrísima, antigua corte de reyes", hubiese querido hacer alarde de su magnificencia en estas fiestas.

Ocho años había, que al partir los reyes a Madrid se truncaron los sueños de grandeza cortesana que la ciudad del maltratado Esgueva, había concebido. Con la corte se fueron los favoritos, los nobles, los servidores, los negociantes y el enjambre de catarriberas, estantes en corte, pretendientes y poetas que a su alrededor vivía y zumbaba.

No importa. Valladolid disimula su disgusto porque a disimular aprendió en los años que mantuvo a tantos cortesanos, desprecia las picantes burlas, no muy limpias de los poetas y ahora que se presentaba la ocasión va a demostrar a España entera que le sobra nobleza y títulos y dinero y poetas para fes-

tejar a la Santa que en vida fué su huésped, venciendo en la grandeza y calidad de los festejos a todas las ciudades de España.

Celebróse el día 28 una muy solemne procesión para publicar y fijar los carteles de las fiestas y certámenes. Abrían la marcha los músicos de trompetas, atabales y clarines de la ciudad con sus libreas y a caballo. Venía después, entre dos nobles, don Rodrigo Pimentel, hijo segundo del conde de Luna, en un hermosísimo caballo, llevando un pendón de damasco extendido de suerte, que no le pudiese revolver el viento, y en él, el cartel y certamen de la fiesta impreso en tafetán rojizo guarnecido de oro por extremos. Seguían por su orden los caballeros más principales de la ciudad, vestidos suntuosamente, en caballos bigarros, luego el gran número de señores y títulos que hay en Valladolid y algunos grandes. Venía después el cabildo, cerrando la comitiva el chantre, que llevaba un estandarte riquísimo de damasco bordado y en él una imagen de Santa Teresa. Le acompañaban, uno a cada lado, los condes de Luna y de Monterrey. Detrás músicos de chirimias, sacabuches y cornetas e innumerable gente del pueblo. Fijaron el primer cartel en la iglesia del Monasterio de monjas carmelitas, de donde partió la procesión y colocaron otros en las casas del Consistorio, Catedral, Universidad, Chancillería e Inquisición, terminando la procesión en el convento de los Padres Carmelitas, situado en las afueras. Las fiestas literarias y no literarias empezarían el día 5 de Octubre y para que los poetas que no vivían en Valladolid supieran a qué atenerse, se enviaron gran copia de carteles fuera, tantos, que fué necesario volverlos a imprimir. En los cuatro meses que faltaban había muchas cosas que hacer, entre ellas, la más importante, una iglesia capaz, pues no bastaba la de las Madres Carmelitas y la de los Padres quedaba muy lejos de la ciudad. Y se hizo la iglesia con los planos y dirección del arquitecto don Francisco Prades. Era de madera y tenía 34 pies de alta, 36 de ancha y 120 de larga. Tengo que prescindir de la descripción de este templo y de narrar los solemnísimos cultos que durante ocho días, mañana y tarde, se celebraron en él, con sermones muy fervorosos y elocuentes; nada diré de los fuegos de artificio de gran ingenio, que encantaron a propios y extraños, ni de las músicas regocijadas que se tañeron. También he de pasar por alto— aun a trueque de

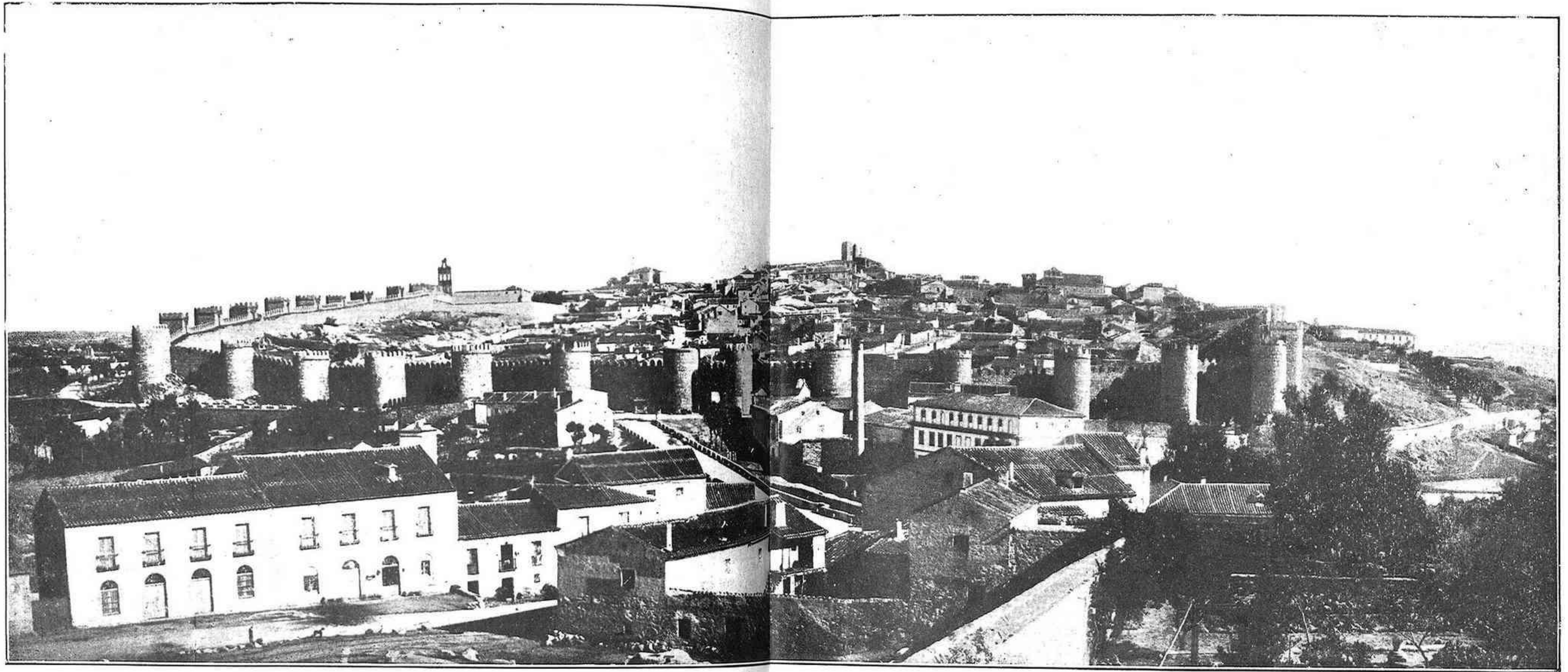
que se me resienta la afición—los toros que se corrieron y los lucidísimos juegos de cañas en que lucharon luciendo su destreza y buenas ropas los más entonados y gallardos caballeros de Valladolid. Pasemos hojas y más hojas del libro de Ríos Hevia, para llegar cuanto antes a nuestra fiesta literaria.

Después de cantadas solemnes Vísperas el último día de las funciones religiosas, subió al púlpito de la iglesia nueva el doctor Mexia, relator de la Chancillería de Valladolid, y en su discurso, muy elegante y discreto, dió las gracias a cuantos habían contribuído al esplendor de las fiestas y muy principalmente a los señores poetas, haciéndose lenguas de la cantidad y calidad de las poesías presentadas.

Habían sido jueces el conde de Luna, don Antonio Sebastian de Villafaña y el doctor don Antonio Ponce de Santa Cruz, catedrático de Prima de Medicina de la Universidad. Salió después el secretario que había de notificar la sentencia y luego, tras él, entró el famoso poeta Horacio Flaco acompañado de todas las musas, el cual, venía cargado de una gran carga de papeles que eran las poesías. Los entregó a los jueces que presidían la fiesta, diciéndoles: *Vere putastis hunc esse poeta, ingenium qui sit*, y se marchó. El secretario, ayudado de las musas, tomó el cartel y fué leyendo los certámenes, los premios, los nombres de los poetas premiados y las poesías. En el primer certamen se pedía un epigrama latino en diez dísticos en el que se alabase el estilo, doctrina y espíritu de Santa Teresa. Se prometían tres premios (como para todo), el primero era una rica pieza de plata; el segundo, los libros de la Santa encuadernados con manecillas de plata, y el tercero, tres pares de guantes de flores. Os hago la merced de no leer los dísticos latinos ni los nombres de los poetas.

El segundo certamen proponía como tema tres himnos latinos, y ofrecía como premios. El libro de las excelencias de la castidad del Padre Jesús María. Un agnus de oro con sus cristales iluminados y una banda de tafetán guarnecida de oro. También era para poetas latinos el tercer certamen, que prometía una cruz de reliquias con los extremos de oro, los libros de las fundaciones de la Santa y tres pares de guantes de polvillo a los autores de dos dísticos para dos inscripciones, una la del retrato y otra la de la sepultura de la Santa.

Aún no se habían acabado de leer estos dísticos, cuando una



Las fiestas del III Centenario de la Canonización de Santa Teresa, han tenido su principio, natural y solemne, en la ciudad natal de nuestra Santa. Ávila, la ciudad de los Santos y de las piedras que hablan de hazañas, ha inaugurado las solemnidades del año centenario con un tríduo de extraordinaria pompa por los Prelados que fueron oradores, por la presencia del Serenísimo Infante D. Fernando, que representaba a S. M., y del Excmo. Nuncio de Su Santidad Mr. Tedeschini y por el fervor de incontables devotos que tuvieron la dicha de presenciar tan magníficas fiestas. ¡Quiera el Cielo y nuestra Santa, que si es posible, no se amengüe un momento el entusiasmo teresiano en todo el año centenario!

buena mujer no pudiendo sufrir que se leyese tantos versos en latín, a grandes voces pidió dejasen aquella algarabía y comenzasen ya a leer los versos que se habían hecho a imitación del Patriarca (que fué para ella lo mismo que decir Petrarca). Después se halló que era la madre de un poeta que se había desvelado por hacer una canción imitando aquella del Petrarca que comienza *Nel dolce tempo de la prima etade*, celebrando el valor y esfuerzo de la reforma carmelitana. Este era el certamen cuarto en el cual, a quienes justificasen mejor el asunto, se les darían unas buenas partes de Santo Tomás, un anillo de oro con rica esmeralda y una Poliantea de las nuevas.

El doctor Ezquerro, que ya había sido premiado por los dísticos latinos llevó también el primero por la Canción. No obtuvo premio pero mereció leerse y publicarse una de Luis Mexía de Simancas que a los lectores modernos nos parece mejor que otras premiadas, a pesar de sus ribetes de gongorismo o tal vez por estos ribetes. El certamen quinto era entre los sonetos que mejor cantasen el amor seráfico de Santa Teresa. Los premios eran: una urna de plata sobredorada, un cuadro de la Santa y un libro de la antigüedad de la Orden Carmelitana.

Fué el premio primero para Juan Jordán (que obtuvo varios en los certámenes de estas fiestas) y como lo mismo que los de hoy, los sonetos no tienen, o no deben tener, más que catorce versos, voy a permitirme leerlos.

O seráfico ardor, que en fuego activo,
me consumes de amor y de tal suerte
me tienes tan neutral a vida o muerte
que solo se que gozo y que no vivo.

Dardo que de alma y cuerpo lo más vivo
blando penetras y arrebatas fuerte
quanto se goza el alma por tenerte
lloro tu ausencia y mi dolor percibo.

Socorro mi Dios, presto y repitiendo
el mismo golpe llena este vacío
que me tiene (ay de mi) con tal violencia
que se va por instantes consumiendo
el corazón en otro tiempo mío,
si no le alienta en breve tu asistencia.

* * *

A quienes comparasen en treinta tercetos la Reforma Car-

melitana con la vida de los Padres del yermo, se les ofrecían, según rezaba el cartel en el certamen sexto: un Cristo de plata sobredorada, los libros de fray Juan de Jesús y un cuadro de Nuestra Señora del Carmen, de muy buena pintura. Fueron pocos los concurrentes y no muy allá los tercetos porque el cronista no se atreve a copiar los que obtuvieron el tercer premio. No obstante el público los escuchó valeroso y ya fuera porque colmaran la paciencia de los oyentes, ya porque se extendió la voz de que no se leían más certámenes, lo cierto es que comenzó a levantarse un gran ruido y confusión producido por la gente que se disponía a salir a la calle: pero un poeta que sabía estar premiado en el séptimo certamen pidió al público cuan encarecidamente supo, que tuviese paciencia porque faltaba lo mejor de la fiesta. Para este séptimo certamen debían los poetas pintar el regocijo que había causado la beatificación de la Santa en todo el mundo, en diez octavas, y se señalaban como premios unas medias de seda de Toledo, tres varas de tafetán morado y los libros del Obispo de Tarazona sobre Santa Teresa.

Yo estoy con el temor de escuchar de un momento a otro en esta sala aquel ruido que se oyó en la iglesia de Valladolid al terminar el sexto certamen y como todavía faltan cinco, abreviaremos el relato diciendo que los asuntos de los certámenes siguientes fueron: cuatro décimas glosando el "Vivo sin vivir en mí,,. Diez lirás describiendo la gloria de la Santa en el cielo, otras cuatro décimas que glosasen aquellos versos.

De Jesús Teresa es
según el nombre conficsa
más es Jesús de Teresa
leyendo el nombre al revés

Y un jeroglífico emblema o pintura para la letra "O morir o padecer,, frase de la santa.

Los premios se repiten o se parecen. Más guantes, más libros, otros cuadros, unas ligas de tafetán tornasolado, un corte de jubón, tres cucharas de plata, etc., etc.

El duodécimo y último certamen es muy original: no ponía más trabas a la inspiración de los artistas que el asunto, que debía ser Teresiano; por lo demás verso, prosa, idioma, extensión, dibujo, pintura, todo podía concurrir.

Se presentaron muchas poesías y en varios idiomas, hasta

un soneto morisco y unos versos en latín macarrónico escritos por Gabriel García del Corral, poeta que llevó premio en varios certámenes. Los de éste eran un joyel de oro, un espejo de cristal y unos anteojos con su caja de plata muy curiosa.

* * *

Al poeta laureado y retelaureado en estas fiestas, D. Manuel de los Ríos Hevia Cerón, se le olvidó escribir en su libro un interesante capítulo: el de las protestas y censuras, de las murmuraciones y enojos de los poetas no premiados. Ruidoso "tolle tolle," debió levantarse por la sentencia de los certámenes; pues se repartieron los numerosos premios entre pocos y ninguno era de los poetas de primera línea en el Parnaso castellano. Pudo suceder que los mejores no acudiesen a éstas; pero es extraño; porque casi todos los grandes poetas aparecen en otras fiestas teresianas.

Ha quedado un libro tan raro o más que el de nuestro don Manuel de los Ríos, en que se da cuenta de las principales, se titula: Compendio de las solemnes fiestas que en toda España se hicieron en la beatificación de nuestra bienaventurada Madre Teresa de Jesús... en prosa y verso por fray Diego de San José, Madrid, 1615, y en él se copian poesías de los primeros poetas castellanos.

Cervantes tuvo premio en las fiestas celebradas en el convento de Carmelitas de Madrid por una Canción a los Extasis de la Beata Madre Teresa de Jesús.

Todos recordareis que el mismo Cervantes ha escrito de sí mismo:

Yo que siempre me afano y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.

Y es preciso confesar que por esta Canción no hubiera merecido el título de Príncipe de los Ingenios. No seais excesivamente severos con ella ni con las demás que ahora leeré. Tened en cuenta que pertenecen al género de obras de encargo.

* * *

Aunque concurrió Calderón a las fiestas que en honor de los cuatro santos se celebraron en Madrid en 1622 y con varias

composiciones a distintos temas le premiaron otras, pero no el romance a Santa Teresa que presentó.

De Calderón era el soneto que a modo de inscripción se colocó en un altar del convento del Carmen, donde estaba una imagen de Santa Teresa.

La que ves en piedad, en llama, en vuelo,
Ara al suelo, al sol pira, al viento ave,
Argos de estrellas, imitada nave,
Nubes vence, aire rompe y toca al cielo.

Esta, pues, que la cumbre del Carmelo
Mira fiel, mansa ocupa, y sulca grave,
Con muda admiración muestra suave
Casto amor, justa fé, piadoso celo.

¡Oh militante Iglesia, más segura
Pisa tierra, aire enciende, mar navega,
Y a más pilotos tu gobierno fía!

Triunfa eterna, está firme, vive pura;
Que ya en el golfo que te ves, se anega
Culpa infiel, torpe error, ciega herejía.

Al citarlo Lope de Vega en la relación que escribió de estas fiestas, dice que era "de don Pedro Calderón, digno de su grande ingenio, con que queda encarecido".

Lope, el monstruo, como tal, batió el record, como diríamos hoy bárbaramente, entre los que escribieron de Santa Teresa. Fué mantenedor de las Fiestas, escribió su Relación, compuso dos dramas con asuntos de la vida de la Santa y escribió nueve buenos sonetos.

Tendréis que conformaros porque el tiempo no da para más, con escuchar el siguiente, inspirado en una escultura de Santa Teresa con el dardo en el pecho, colocada en una fuente.

Herida váis del Serafín Teresa
corred al agua cierva blanca y parda,
más la fuente de vida que os aguarda
también es fuego y de abrasar no cesa.

Como subís por la montaña espesa
del rígido Carmelo tan gallarda
que con descalzos pies no os acobarda
del alto fin la inaccesible empresa?

Serafín cazador el dardo os tira
para que o deje estática la punta
y las plumas se queden en la mano.

Con razón vuestra ciencia el mundo admira
si el seráfico fuego a Dios os junta
y cuanto veis en él traslada el alma.

* * *

Escapó a la diligencia de Fray Diego de San José la noticia de la fiesta literaria celebrada en Córdoba en 1615 en honor de Santa Teresa; pero Gallardo, que supo todo lo que los demás han ignorado, poseyó la Relación impresa y en el número segundo de su Criticón, hace de ella breve reseña.

Góngora fué uno de los jueces del Certamen y escribió un romance jocoso. Juega en él del vocablo y su placer; pero no deja de tener versos en que resalta lo raro y peregrino de aquel ingenio.

En esta fiesta literaria de Córdoba fueron premiadas las preciosas quintillas de la musa antequerana doña Cristovalina Fernández de Alarcón, que si no han llegado hasta ahora a vuestros oídos me vais a agradecer que os las lea.

A SANTA TERESA DE JESÚS EN SU BEATIFICACIÓN

QUINTILLAS

Engastada en rizos de oro
la bella nevada frente,
descubriendo más tesoro,
que cuando sale de Oriente
Febo con mayor decoro.

En su rostro celestial
mezclando el carmin de Tiro
con alabastro y cristal;
en sus ojos el zafiro
y en sus labios el coral.

El cuerpo de nieve pura
que excede toda blancura,
vestidos del sol los rayos,
vertiendo abriles y mayos
de la blanca vestidura.

En la diestra refulgente
que mil aromas derrama,
un dardo resplandeciente
que lo remata la llama
de un globo de fuego ardiente.

Batiendo en ligero vuelo
la pluma que al oro afrenta,

bajó un serafín del cielo,
y a los ojos se presenta
del serafín del Carmelo.

Y puesto ante la doncella,
mirando el extremo della,
dudara cualquier sentido
si él la excede en lo encendido
o ella le excede en ser bella.

Mas viendo tanta excelencia
como en ella puso Dios,
pudiera dar por sentencia
que en el amor de los dos
es poca la diferencia.

Y por dar más perfección
a tan angélico intento
El que bajó de Sión,
con el ardiente instrumento
le atravesó el corazón.

Dejóla el dolor profundo
de aquel fuego sin segundo,
con que el corazón le inflama,
y la fuerza de su llama
viva a Dios y muerta al mundo.

Que para mostrar mejor
cuanto esta prenda le agrada,
el universal señor
la quiere tener sellada
con el sello de su amor.

Y que es a Francisco igual
de tan gran favor, se arguya;
pues el Pastor celestial,
para que entiendan que es suya
la marca con su señal.

Y así desde allí adelante,
al serafín semejante
quedó de Teresa el pecho,
y unida con lazo estrecho
al de Dios si amada ante.

No sé a ciencia cierta si fué escrito para algún certamen el siguiente soneto de Argensola. Es como suyo y esto basta para encarecerlo.

El divino fray Luis, muerto en 1591, el que con un alto sentido crítico preparó la edición de las obras de 1588, no alcanzó estas fiestas, pero en los preliminares de la vida de Santa Teresa, escrita por el Padre Francisco de Ribera, hay un soneto que

ahora se sabe ser suyo; por haberse encontrado el manuscrito autógrafo. Tiene en verdad una elevación y una suavidad más de fray Luis. Oídlo:

A LA MADRE TERESA DE JESÚS

(Soneto)

Ilustre honor y gloria del Carmelo
 De quien puede preciarse bien Elías,
 Que al mundo ha sido dada en estos días
 Por dádiva inmortal del largo cielo:
 Alma real, que, andando acá en el suelo,
 Fuera andabas de tí, y allá vivías
 Donde el tesoro y corazón tenías,
 Sobre lo humano todo alzando el vuelo:
 Salga tu vida a luz, conozca el mundo
 Aquel rico tesoro que en sí tuvo,
 Por tí tan encubierto, en sí tan claro:
 La extraña santidad, el sin segundo
 Valor, cual en mujer no sé ni hubo,
 Y en los más altos hombres fué muy raro.

Fr. Luis de León.

Pero lo mejor que fray Luis escribió de Santa Teresa y de lo mejor que se ha escrito en lengua castellana es aquella carta dirigida a las Madres priora Ana de Jesús y religiosas Carmelitas Descalzas del Monasterio de Madrid.

Todos la habéis leído de aquella que empieza:

Yo no conocí, ni vi a la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra...—Fray.

No tendría fin esta revista si de estos poetas saltásemos a otros de menos renombre y del siglo xvii, al xviii, al xix y al xx. En todos los tiempos ha tenido cantores Santa Teresa y seguirá teniéndolos mientras haya poetas, que alcen los ojos al cielo y luchan por reflejar en sus rimas los resplandores del espíritu.

* * *

Los tiene en ésta y ahora vais a escuchar una poesía de uno que sin escrúpulos ni timideces podemos colocarlo al lado de grandes poetas españoles. Entre éstos le pondrán los futuros historiadores de la Literatura, cuando pasado algún tiempo, pueda

contemplársele a la distancia que requieren los juicios definitivos de la Historia.

Las poesías de José del Río tienen siempre un sello personalísimo. Es un poeta español tradicionalista, pero ni por el fondo ni por la forma pertenece a la caterva de los poetas de tizona, yelmos y chambergos que ha llovido en estos últimos años. Río ve en la tradición, sobre todo, la belleza de la acción la belleza del esfuerzo, del brazo y del espíritu; siente e interpreta la historia y a pesar de esto y por esto tal vez, es el poeta español más del mundo, más de su tiempo. ¿En qué lira española han resonado más virilmente, con más grandeza los heroísmos, las gallardías y las hecatombes de la gran guerra?, ¿quién ha sabido como él dar a sus versos del mar y de los viajes interés universal y humano, aclimatando lo exótico, y paseando su corazón y su visión española por los paisajes más remotos y peregrinos?

Pero diréis y con razón, que no habéis venido aquí a oír un juicio de él, sino su poesía a Santa Teresa. Oidla, pues:

SANTA TERESA DE JESUS

Reina Felipe II, el taciturno en España
y en sus rezos y en sus sueños de grandeza le acompaña
la nación, que toda ella del Monarca es el remedo;
una y otro monologan la litúrgica oración,
y se forjan las espadas vencedoras de Toledo
entre el lento monorritmo de los kiries y del credo
y en el fuego de las piras de la Santa Inquisición.

* * *

Ocho siglos de pelea por recobrar el terruño
han troquelado la raza con el mismo fiero cuño,
que produjo los ascetas y los trágicos soldados;
los hidalgos de gotera de los fieros ademanes
y los rostros alargados.....
y los cuerpos como tallos bajo el sol de agosto secos
con las manos sarmentosas en el pomo y gabilanes
de las espadas, que hoy vemos retratados
en los Grecos...

Ocho siglos de aislamiento, como reacción orgánica
han producido el anhelo de volar, fuerza dinámica
que despuebla los villorrios y las villas somnolientas
y que pone en pie a la raza en un loco caminar...

y se ve a las muchedumbres de oro y de gloria sedientas,
muchedumbres de guerreros, errabundas y harapientas
escrutando los misterios hondos y azules del mar.

* * *

Y el mundo mira entre asombros y entre serviles terrores
como vuelo de alcotanes pasar los conquistadores;
desfiles de carabelas y procesiones ecuestres,
los corceles con gualdrapas de hierro en vez de tisú...
y van los Adelantados y van los Grandes Maestres...
¡Y Castilla se despuebla para poblar el Perú!
Castilla reza y explora; una isla tras otra isla
acrecientan nuestro imperio, en tanto que el Rey legisla.
Es el reino una corona rematando un gris sayal;
a la fe y a la penitencia, el buen Rey demanda auxilios...
y a la luz de las antorchas que encendieron los Concilios
como un símbolo de piedra se alza al cielo el Escorial.

* * *

Toda España se despuebla en aquel férvido anhelo;
los que no buscan las Indias, buscan el azul del cielo;
también son descubridores los que exploran una nube
y celestes archipiélagos y los reinos de ilusión...
También ensancha los límites de su patria aquel que sube
a la región increada en donde trova el querube
su canción...

Y Teresa de Cepeda, en el siglo de aventuras
fué la gran descubridora que se lanzó a las alturas,
como Cortés y Pizarro fueron de otro mundo en pos;
mientras ellos perseguían los imperios fabulosos,
la doncella, débil, toda sentimientos amorosos
en sus éxtasis divinos ve los caminos de Dios...

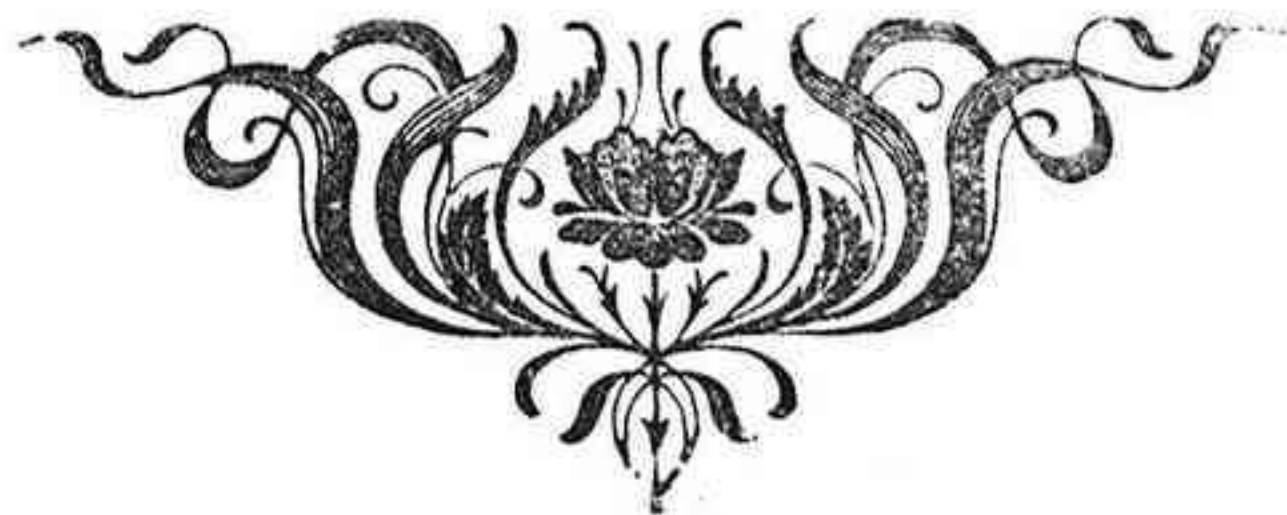
Y Castilla se despuebla; como puertos de partida
la seráfica doctora, la infame, la elegida,
va elevando monasterios en los yermos esteparios
calcinados por los rayos del viejo sol de la Historia
y sus libros memorables, son igual que itinerarios
para que puedan tras ella los sublimes visionarios
seguir las duras jornadas en el viaje hacia la gloria.

* * *

La tenacidad de hierro de la edad característica
tuvo la santa doncella, tuvo la doctora mística,
y tuvo además un santo sentimiento espiritual;
fué la fuente clara y dulce en el desolado cerro,

unió a la fuerza del hierro
la limpidez del cristal

En aquel siglo de cumbres, ella es la cumbre más alta.
Es ella lo que a aquel siglo de heroica locura falta
para que la fiera hoguera se convierta en arrebol;
¡para que no sea nuestro único orgullo la espada!
también su pobre cayada
de viajera enamorada
ensanchó el pueblo español





EPIGRAFÍA SALMANTINA

(CONTINUACIÓN)

Pasando por Fuente Roble pregunté a muchos vecinos si por allí había piedras o columnas con letras: ninguno de ellos entendía lo que preguntaba, ni tenía la más leve referencia: “No sabemos nada; aquí no hay nada,„. En la plaza del pueblo, en la fachada que mira al occidente, están los fragmentos de un miliario que yo ví por una verdadera casualidad.

142. En Salamanca, Casa del Conde de Fuentes, después en el puente romano. Se ignora dónde está ahora:

IMP · CAESAR · DIVI · TRAIANI · PAR
TICI · F · D · NERVAE · NEPOS
ADRIANVS · AVG · PONT · MAX
TRIB · POT · V · COS · III · RESTI.....
TVIT

CXLIX

El emperador César, hijo del divino Trajano pártico, nieto del divino Nerva, Trajano Adriano, augusto, pontífice máximo, en el quinto año de su potestad tribunicia, en el tercero de su consulado, reparó ciento cuarenta y nueve pasos.

143. Cerca de Sietecarreras estaba el siguiente:

NERO · CLAVDIVS · CAESAR
AVG · GERM · PONT · MAX · TRIB
POT · V · COS · III · IMP · IIII · P · P ·
CLXIIX

El emperador Claudio Nerón, César augusto, germánico, pontífice máximo, en el quinto año de su tribunicia potestad, en el tercero de su consulado y cuarto de su imperio, padre de la patria, restauró ciento sesenta y ocho pasos de la calzada romana.

144. En Salamanca, junto a San Benito:

IMP · CAESARE
*di*VI · NERVAE · FILIVS
*ner*VA · TRAIANVS · AVG
ger M · P · TRIB · POT
cos i i RESTITVIT
 LXXVI

La traducción es igual que el núm. 139 menos la última línea, *setenta y seis pasos*.

145. Casa del Conde de Fuentes, después en el puente:

IMP · CAESAR
 DIVI · NERVAE · FILIVS
 NERVA · TRAIANUS · AVG
 GERM · P · M · TRIB · POT
 COS · II · RESTITVIT
 M · P · II

Todos estos miliarios desaparecerán pronto si Dios no lo remedia, como han desaparecido ya la mayor parte de ellos. Yo, por mi parte, he creído cumplir un deber de patriotismo excitando el celo de los labradores y gentes del campo a conservar y a impedir que otros estropeen esos monumentos de la venerable antigüedad. Pero temo que mi voz se pierda en el vacío y que los rústicos digan: predícame fraile...

TRAGUNTÍA

146. Ya hice mención de estas inscripciones en el núm. 73. Ahora sólo me resta añadir aquí tres a las que no tengo que poner ningún comentario. Núm. 5033 de Hübner.

*termin*VS · AVGVSTALIS ·
inter · ROBRIGENSES ·
et · POLIBEDENSES ·

Término augustal entre los mirobrigenses y los polibedenses.
Esta lápida ha sido traída del lugar viejo de Yecla; en ella se habla de un pueblo llamado *polibeda* del que faltan datos.

147. COMPE
DIA · ANO
RV · LXV

Compedia de 65 años.

148. MIINTI
NA · AM
BATI · F
ANN · IX
HI · S · S · T · T · L

Mentina hija de Ambato de 9 años aquí yace. Séate la tierra leve.

Las tres inscripciones se encuentran hoy en el patio de una casa que llaman el Palacio.

(Continuará).

P. César MORÁN,
Agustino.





Notas bibliográficas

Publicación teresiana de actualidad.

Podemos ofrecer a nuestros lectores una crecida remesa de ejemplares propiedad de LA BASÍLICA TERESIANA, de un libro, ya puesto a la venta en las principales librerías de Salamanca. Se trata de la erudita y muy amena obra del sabio editor de los escritos de Santa Teresa, D. Vicente de la Fuente, que lleva por título *El Tercer Centenario de Santa Teresa de Jesús. Manual del peregrino para visitar la patria, sepulcro y parajes donde fundó la Santa o existen recuerdos suyos en España, publicado por D. Vicente de la Fuente.*

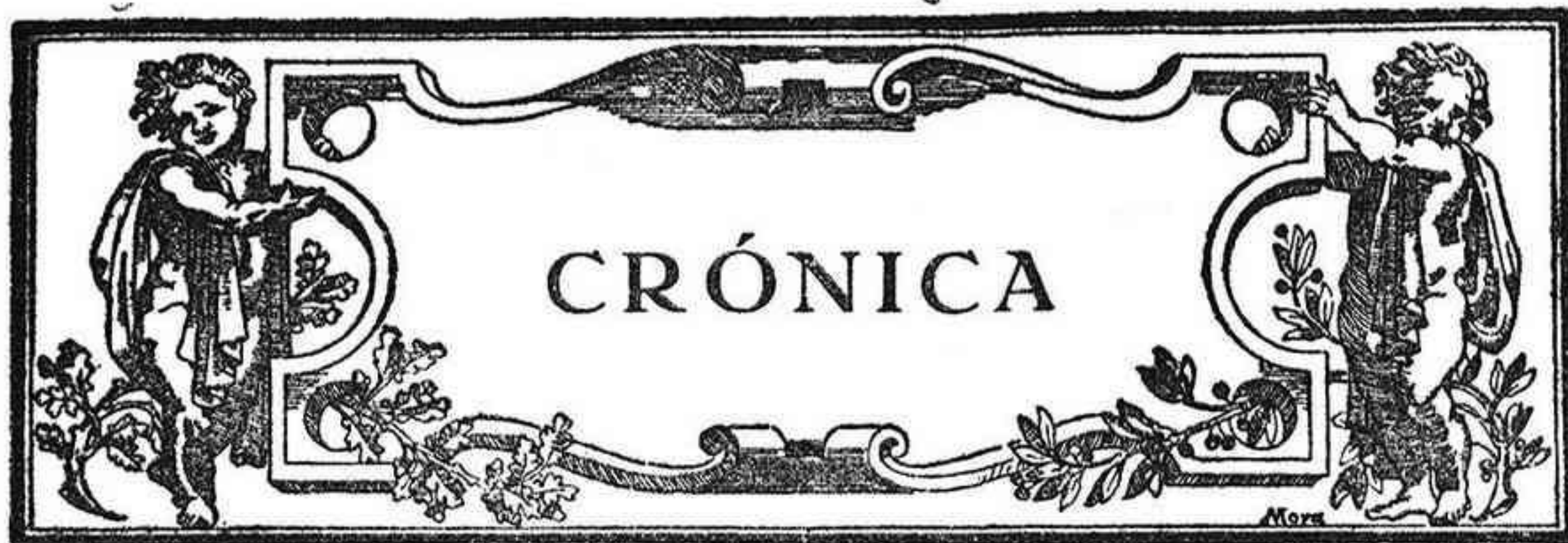
Como ve el lector, por la enunciación del título se induce que es el libro del peregrino teresiano en el que docta y amenamente se señalan las cosas y hechos más notables que existen en los sitios por donde pasó la mujer fuerte y singular, dechado de españolas, de sabias y de santas, nuestra benditísima Santa Teresa de Jesús.

Avaloran el libro la profusión de grabados que lo ilustran, como son retratos de la Santa, los conventos de Avila donde vivió, los fundados por la Madre, etc., con una tabla cronológica de las fundaciones y una minuciosa descripción de los libros portentosos que escribió la Mística Doctora.

En suma, esta obra de 500 páginas en cuarto menor, es tan instructiva como edificante y para los peregrinos teresianos sencillamente insustituible.

El precio del libro es cinco pesetas y el producto de la venta se destinará a acrecer las limosnas destinadas al sostenimiento de las obras de la Basílica que se construye en Alba de Tormes.

A. G. B.



Fallecimiento.—El día 16 de los corrientes falleció en Hontanares (Guadalajara), la virtuosa señora D.^a Isabel de Diego y García Alcolea, hermana de nuestro Excmo. Prelado.

LA BASÍLICA TERESIANA pide a sus lectores una oración por el eterno descanso de la finada y da el más sentido pésame a su hermano el Excelentísimo Sr. Obispo de Salamanca, y a sus hijos D. Angel y D. José María, presbíteros, respetables amigos nuestros; D. Juan, D.^a María de las Mercedes y D. Nicolás.

¡Descanse en la paz del Señor!

* * *

Visitas y peticiones hechas al sepulcro de Santa Teresa de Jesús durante los meses de Diciembre, Enero y Febrero.—Elvira Bandrés, Carmen Menjón de Bordallo, Gustavo Sánchez Bordallo e hijos.

Santa Lucía, por intercesión de la Santa devuélveme la vista perdida, Dominga Bandrés.

Julia Bandrés de Menjón, su esposo, todos sus hijos y nietos, Diciembre, 9, 1921.

María Teresa de Astigárraga.

Concédeme, Santa Teresa, la gracia que siempre te pido, perseverancia final, María Teresa Bandrés.

Inés Aunor, viuda de Bandrés; Antonio Bandrés.

Haga desaparecer lo que deseo, Marcos.

Rosario Requejo.

Nací el día de la Santa y te pido me lleves al cielo en el mismo día, Angela Cáceres.

Santa bendita: concédeme que se arreglen los negocios de los míos, Teresa Vasconcellos.

Santa bendita: alcánzame que conozca la voluntad de Dios sobre mí y gracia para seguirla con fidelidad, Angela Nevado.

Santa bendita: concédeme lo que te pido y ten misericordia de mí, María Teresa Nevado.

María Castillo.

Santa bendita: os pido venga mi hermano con bien, Emiliana López.

Salud, Curto Martín.

El Marqués de Vinent, Tomás Morán de Vinent, Angel Lombilla Gómez, Jaime Lilo Sarzó, Vicente Sánchez, Antonio Sánchez, Isabel Castro, Isabel Martín, Alenjandrito Alvarez, Pura Moraleja, María Guerrero, Isaac López, Jaime Briz, El Barón de Máabe, Nicolás López, L. B. de Máabe, Eutimia Dera de López, Federico Vilar de Medrano y Muro.

Santa Madre: concédeme la gracia que te suplico ante tu sepulcro, Eutimia.

Concédeme lo que tú sabes deseo con tanto empeño, Fidel.

Concha Roce, María Pilar Ramón, Valentín Roca, Francisco Andrés, Alfredo Ramón, Salvador Raboso, Juan Antonio Fraile, Serafín Fraile, Juan Jesús, Ignacia Valls, Adela García, Julia García, Antonio Fraile, Serapio Fraile, Juan García de la Villa.

Santa Teresa: alcánzame del Señor el vivir y morir como verdadero dominico, P. Ramos.

Fr. Emilio G. Alfonso, O. P.

Santa Teresa de Jesús: dignate concederme la gracia que hoy te pido para mi familia, Fr. Antonio García.

José Cabodevilla, Petra Díez.

Concédeme lo que sabes deseo, Alicia Deza.

Santa madre: concédeme la gracia que te pido, Domitila García.

Emilio Amán, Lucía Sánchez, Nicolás López, Euticia Deza, Felisa Merino, Lolita Merino, José Gordo, Dolores G. de Merino, Manuela Sánchez, María Guerrero.

Santa bendita: concédeme lo que te pido, Asunción.

Carlos Pulido Vites, Florencio de Castro.

Madre mía: concédeme mis deseos. Beatriz de Castro.

Baltasara Alvarez.

Madre mía: concédeme lo que te pido, Consolación Morfñigo.

Que la persona que quiero tanto se vuelva como todos deseamos, María Guerrero.

Pilar Fernández, Francisco Domingo.

Os adoro, mi Santa, como buena hija y te pido me tengas en tu protección, Concha Serrano.

Manuel Hernández, Jerónima González, Isaac Pérez Cervino.